

Paul Beatty (Los Ángeles, 1962) es autor de cuatro novelas y dos volúmenes de poesía, todos ellos dignos de elogio, pero, de sus libros, al que regreso con más frecuencia es uno editado por él. Se llama *Hokum: An Anthology of African-American Humor* [Tonterías: Una antología del humor afroamericano], y se publicó en 2006.

En su introducción a *Hokum*, Beatty cuenta que de joven leía a los escritores negros canónicos, y que “aplaudía su retórica, pero acababa echando de menos el comentario agudo, la irreverencia” que nacen de una rabia jus-

tificada y hacen que la libertad levante el vuelo. “Parecía que los escritores negros que yo leía”, sentenciaba, “no tuviesen amigos”. Beatty terminaba haciendo una especie de promesa que su antología cumplía: “Espero que *Hokum* los derribe como a un boxeador de se-

gunda”, decía. “Que cada golpe les emplaste la cara con esa sonrisa de boxeador derrotado; con esa mueca de oreja a oreja que muestra fugazmente a la multitud para convencerla de que, si se está riendo, es que no le han hecho daño”. Esa introducción era audaz en muchos aspectos.

El vendido

PAUL BEATTY

Traducción de Inigo García Ureta
Malpaso. Barcelona, 2017. 333 páginas, 28'50€



Uno de ellos es que el propio autor también escribe con humor. En parte no se puede evitar: las declaraciones que hace en *Hokum* igual que cuando Barack Obama apuntaba a las gradas antes de aporrear la bola. Las leo con la sensación de que son declaraciones de un hombre de-

cidido a aguantar, reírse entre dientes y cumplir. Cumplir, ha cumplido.

Las primeras cien páginas de *El vendido*, novela ganadora del último premio Man Booker, son las cien páginas más cáusticas y más tremendamente buenas entre todas las novelas estadounidenses que he leído como mínimo en la última década. Tanto es así que dejé de subrayar las partes más geniales porque empezó a dolerme el brazo.

Beatty recubre cada línea de su texto con concentraciones cambiantes de sentido racial y político, utilizando una técnica que recuerda a escritores como Ishmael Reed. Las bromas aparecen de pronto a través de la bilis del lector.

En la novela pasan tantas cosas que describirla es como intentar meter a presión un limonero en un vaso para chupitos. También es difícil hacerlo sin citar textualmente los recursos tan ágiles que utiliza Beatty para repartir la palabra que empieza por “n” [“negrata”]. Los mejores fragmentos de la novela, los que se te clavan en el corazón o te lo dejan tatuado, en su